

REVISTA CIDOB D'AFERS
INTERNACIONALS **66-67.**
Representaciones e interculturalidad

Maurofobia/islamofobia y maurofilia/islamofilia en la España del
siglo XXI
Eloy Martín Corrales

Maurofobia/islamofobia y maurofilia/islamofilia en la España del siglo XXI

Eloy Martín Corrales*

RESUMEN

Según el autor, diversos episodios de la historia, desde el siglo VIII hasta la actualidad, han favorecido una percepción negativa, por parte de los españoles, de los arabomusulmanes en general, y de los marroquíes en particular, en la que convergen toda una variada serie de prejuicios y estereotipos. La relación entre la imagen negativa y la tolerante no ha sido nunca estática y depende de los cambios inducidos por la coyuntura política española, la de los propios países arabomusulmanes y la internacional. Por deseo de venganza o para recuperar lo perdido, la imagen de los marroquíes ha sido demonizada e identificada con la barbarie en épocas y circunstancias distintas.

Palabras clave: España, árabes, musulmanes, Marruecos, estereotipos

A lo largo de los siglos viene manteniéndose una dura pugna en el imaginario español entre maurofobia/islamofobia y maurofilia/islamofilia que se ha saldado, hasta el momento, con una clara victoria de la imagen negativa de los musulmanes en general y de los marroquíes en particular (alarbes, árabes, agarenos, sarracenos, mahometanos, berberiscos, turcos, *moros*, magrebíes, islamistas, etc.).

*Profesor de Historia, Universitat Pompeu Fabra de Barcelona
eloy.martin@upf.edu

En efecto, desde el siglo VIII (con la llegada de los musulmanes a la península ibérica) hasta la actualidad más reciente (marcada por los terribles atentados del 11-M en Madrid el pasado mes de marzo de 2004) diversos episodios históricos (de distinto calado e intensidad) han favorecido el que entre los españoles se haya impuesto, de manera hegemónica, una percepción terriblemente negativa de los musulmanes (comúnmente designados *moros*), en la que convergen toda una variada serie de prejuicios y clisés (fanatismo, salvajismo, crueldad, lascivia, fatalismo, pereza, doblez, etc.). En el inicio del proceso formativo de una imagen tan negativa hay que situar los ocho siglos de *Reconquista* cristiana del territorio peninsular, largo período en el que se forjó la legendaria y mítica figura del Apóstol Santiago, especialmente en su vertiente de Santiago *Matamoros*, y se adjudicaron a los musulmanes todos los prejuicios y clisés citados con anterioridad¹. El fin de la *Reconquista*, en 1492 con la toma de Granada, vino a coincidir con el inicio de la expansión castellana por el litoral norteafricano (Melilla en 1497 y, desde 1510 en adelante, Peñón de Vélez de la Gomera, Peñón de Alhucemas, Orán, Túnez, Bugía, Trípoli, etc.) y a su inevitable enfrentamiento con el expansionismo occidental del Imperio Otomano (potencia que lideraba en aquellos momentos a los musulmanes del Mediterráneo). El choque entre españoles y otomanos se saldó en tablas, tal como puso de relieve la batalla naval de Lepanto en 1571. Lo terrible fue que la enemistad entre ambos imperios favoreció el crónico enfrentamiento corsario entre ambas partes a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII². Como consecuencia, millares de cristianos (fundamentalmente españoles e italianos) y musulmanes fueron reducidos a la condición de esclavos, miles de sus embarcaciones fueron asaltadas y hundidas o confiscadas, y lo mismo sucedió con sus cargamentos. Las costas fueron periódicamente raziadas, numerosas poblaciones fueron destruidas, mientras que las actividades económicas (pesca y tráfico marítimo) fueron notoriamente perjudicadas. A los miedos y rechazos que provocaba el recuerdo de los musulmanes expulsados de España se añadieron los que despertaban los corsarios que acechaban las costas y embarcaciones hispanas y los marroquíes y argelinos que sitiaban los *presidios* conquistados en el Norte de África³.

El pánico provocado por el enemigo exterior favoreció que se hicieran insoportables los roces con los musulmanes que habían permanecido en la península tras 1492: los moriscos se convirtieron en el enemigo interior, siendo finalmente expulsados en 1609. Al conjunto de maldades y vicios que se atribuían a los musulmanes expulsados hasta 1492 y, posteriormente, a los moriscos, hay que añadir desde entonces sus supuestos deseos de venganza, así como los no menos supuestos de su regreso con el objetivo de recuperar sus tierras y propiedades perdidas⁴.

No obstante lo anterior, el paso del tiempo y, especialmente, la paulatina debilidad de la practica corsaria, favoreció un acercamiento entre ambas partes. A mediados del siglo XVIII los monarcas de España, Imperio Otomano, Trípoli, Túnez, Argelia y Marruecos tenían claro que el continuo enfrentamiento marítimo y la especialización

corsaria cosechaban mas pérdidas que beneficios. La hora de los Tratados de Paz y Comercio había llegado, aunque se tardaron algunas décadas en concertarlos: en 1767 con Marruecos, en 1782 con el Imperio Otomano, en 1784 con Trípoli, en 1786 con Argelia y, por último, en 1791 con Túnez⁵.

Lo que podía haber sido un largo período de relaciones pacíficas, favorecedoras de un intenso intercambio comercial y cultural entre ambas partes, se truncó tras unas pocas décadas⁶. En efecto, los inicios de la conquista francesa de Argelia en 1830, casi coincidente con el nacimiento, lentamente y a duras penas, del Estado liberal español hizo nacer en crecientes sectores de la península el deseo de jugar un papel importante en el norte de África en general y en Marruecos en particular. Las continuas tensiones con Marruecos, a propósito de los incidentes en los campos fronterizos de Ceuta y Melilla (en esta última plaza, y entre 1814 y 1859, hubo que contabilizar unos 500 muertos violentamente entre ambos bandos), los ataques a las embarcaciones que se acercaban al litoral rifeño (que tuvieron un gran impacto emocional en la segunda mitad del siglo XIX) y las agresiones a los representantes españoles en el país vecino (que estuvieron a punto de provocar el envío de tropas españolas a Marruecos en 1844)⁷ favorecieron el clima que, en 1848, hizo posible la ocupación hispana de las islas Chafarinas (con el objetivo de frenar el avance francés hacia territorio marroquí) y la posterior Guerra de África de 1859-1860 (conflicto que lejos de ser un episodio aislado vino a rematar varias décadas de continuos incidentes entre los dos países). El enfrentamiento bélico, entre otras cosas, fue una nueva ocasión para que desde el bando español, que se autoidentificaba con la causa de la libertad, de la civilización y del progreso, se terminara de demonizar la imagen de los marroquíes, identificados con la barbarie, el salvajismo y el despotismo⁸. Desde entonces fue usual la bestialización de un deshumanizado enemigo (tachado de mono, perro, etc.) al que se consideraba salvaje⁹.

Paralelamente, el Orientalismo triunfante favorecía la perpetuación, al tiempo que los magnificaba, de una serie de clisés y estereotipos (fatalismo, lascivia, pereza, crueldad, fanatismo, etc.) largamente consolidados en la península ibérica como consecuencia de la secular lucha de la cristiandad española con el islam peninsular. Si bien el Orientalismo se marroquinizó (gracias, entre otros artistas, a Marià Fortuny) no es menos cierto que favoreció la extensión de la percepción negativa al conjunto de las poblaciones del ámbito arabomusulmán.

El despliegue imperialista de la Europa en la segunda mitad del siglo XIX alentó definitivamente en España el deseo de hacerse con el control de la orilla meridional del Estrecho de Gibraltar, aunque para evitar que otras potencias (especialmente Francia e Inglaterra) se adelantaran, se enarboló la bandera de la independencia de Marruecos y se hizo campaña en pro de la “penetración pacífica”. Arabistas, orientalistas y africanistas trabajaron resonantemente con el objetivo de proporcionar unos argumentos creíbles a los sectores colonialistas españoles¹⁰. Sin embargo, los límites de la citada vía “pacífica” volvieron a

topar con la realidad de la repetición de numerosos incidentes hispano-marroquíes, tal como puso de relieve la llamada Guerra de Melilla de 1893. Fue una nueva ocasión para presentar a los marroquíes como salvajes que aborrecían la libertad y la civilización y amaban el despotismo. Tratamiento similar daban los franceses a marroquíes, argelinos, tunecinos y mauritanos, los italianos a los tripolinos y los ingleses a los egipcios.

No obstante lo anterior, en la España liberal existió una auténtica corriente de simpatía hacia un debilitado Imperio Otomano, asediado por la Rusia zarista y el Imperio Austro-húngaro. Se basaba en la creencia en una común y paralela lucha por la libertad, el progreso y la modernización que llevaban a cabo los liberales españoles y los reformistas otomanos. Ni siquiera la lucha por la independencia de los griegos (cristianos, aunque ortodoxos) levantó excesivos apoyos solidarios en la España cristiana en el primer tercio del siglo XIX. Lo curioso del caso es que se utilizaba la existencia del islam en el Imperio Otomano y Marruecos de forma absolutamente contrapuesta. En el caso marroquí se consideraba que la religión imposibilitaba la modernización de Marruecos. Sin embargo, la misma religión no era considerada como una dificultad capaz de impedir, desde dentro, la modernización del Imperio Otomano¹¹.

Como es sabido, el imperialismo europeo terminó imponiéndose al conjunto de países musulmanes que se sucedían entre el África del Norte Atlántica y la frontera iraní. En ese contexto, las principales potencias europeas se pusieron de acuerdo en el reparto de Marruecos escenificando en la Conferencia de Algeiras (1906) el fin de su independencia y el posterior establecimiento del Protectorado franco-hispano en el vecino país (1912)¹². Los españoles, al igual que los franceses, se toparon con la resistencia de los marroquíes a ser protegidos o tutelados, como lo puso de manifiesto el largo período de guerra necesario para asegurar la total victoria española (1909-1927)¹³. La paulatina conquista del territorio asignado a España favoreció un mejor conocimiento de los marroquíes (costumbres, vestimentas, creencias, etc.) que fue utilizado por escritores, periodistas, pintores y dibujantes para presentar una imagen caricaturesca de unos “salvajes”, un tanto ingenuos y bonachones, a los que, se pensaba, la potencia protectora civilizaría con el paso de los años. Sin embargo, la terrible derrota hispana en Annual y Monte Arruit (con una cifra de víctimas mortales españolas, a menudo en condiciones terroríficas, que superó con creces las diez mil) favoreció el renacimiento de la imagen más negra y peyorativa de los marroquíes, en la que los estigmas de crueldad, ferocidad, doblez, lascivia, avaricia, fanatismo, etc., jugaron un papel determinante. Hasta el punto de que la creciente oposición de la sociedad española a la guerra colonial dio paso a un claro deseo de venganza contra los marroquíes. Como resultado de la contienda, rematada por la victoria hispana, se generó una doble visión del derrotado enemigo: el *moro amigo*, ciudadano con vestimenta impoluta y fumando cigarrillos europeos, y el *moro de cábila lejana*, campesino de enorme boca provista de terroríficos dientes neutralizado gracias a un bozal.

Desde 1927, inicio de la “pacificación” de Marruecos hasta 1936, comienzo de la Guerra Civil española, el país vecino cayó en el olvido al dejar de ser el origen de noticias de carácter luctuoso. Sin embargo, su actualidad resurgió bruscamente con motivo de la participación de decenas de miles de marroquíes en las filas militares sublevadas contra el legítimo gobierno republicano. De nuevo, emergió, recuperada, la imagen más terrible del marroquí. Lo llamativo de este período es que fueron las izquierdas (socialistas, comunistas y anarquistas), los republicanos de distinta obediencia y los nacionalistas catalanes y vascos los que se destacaron en la tarea de presentar a los marroquíes como seres fanáticos, sedientos de sangre, asesinos, violadores, borrachos, rapaces, etc. Un catálogo de todas las vilezas atribuidas a los marroquíes lo proporciona la aleluya, *Auca del moro feixista*, editada por el Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya. Por el contrario, los militares sublevados dieron un trato respetuoso (naturalmente no exento de paternalismo) a tan valioso aliado en la guerra, presentada como una contienda entre creyentes cristianos y musulmanes contra los ateos republicanos¹⁴.

En el discurso oficial de los primeros veinte años del franquismo prevaleció la imagen del marroquí como fiel aliado, en un contexto en el que se enfatizó en exceso la “tradicional amistad de España con el mundo árabe”. Por lo que respecta a Marruecos, hay que destacar la Guardia Mora del dictador (exótica, aunque también temible), la desaparición de la circulación de las imágenes caricaturescas de los marroquíes de los años veinte y treinta, así como la eliminación de los musulmanes aplastados en buena parte de las representaciones iconográficas de Santiago *Matamoros*. En el ámbito araboislámico se detecta en el período citado una clara simpatía, a veces un decidido apoyo, a las luchas de liberación de los países árabes colonizados por ingleses y franceses.

Sin embargo, en la periferia del discurso oficial se fue afianzando una percepción del marroquí que recogía buena parte de los prejuicios y clisés imperantes hasta 1936, reforzada con el pánico y odio que suscitó la participación de las unidades de Regulares en el bando franquista durante la Guerra Civil. El mejor ejemplo lo proporciona la representación iconográfica de los enemigos musulmanes, berberiscos, árabes, tunecinos y saharianos de un nutrido grupo de héroes del cómic de aquellos años (El Capitán Trueno, El Guerrero del Antifaz, El Cachorro, el trío protagonista de Audaces Legionarios, etc.). Conviene tener en cuenta que buena parte de los ilustradores y guionistas militaron en el bando derrotado en la contienda española. Los exiliados, agobiados por terribles problemas (entre ellos el de verse reclusos en terribles campos de concentración y sometidos a las arbitrariedades de guardianes senegaleses y argelinos, a los que seguramente debían identificar con los marroquíes del bando franquista) y marcados por el recuerdo de la participación de los Regulares en la Guerra Civil no tuvieron ni simpatías ni interés por los marroquíes, que, entre tanto, continuaban sometidos al colonialismo español.

En 1956 los marroquíes lograron arrancar del régimen franquista la independencia, tras haberla conseguido en la zona sur mediante una áspera lucha contra los fran-

ceses. Para los jefes del régimen, especialmente para el ejército, y para buena parte de los colonos españoles que debieron repatriarse, el proceso fue vivido como una traición cometida por los marroquíes de los que, equivocadamente y contra toda lógica, se esperaba que continuaran *sine die* soportando lo que se consideraba suave dominio colonial de los españoles.

El recelo y la desconfianza hacia la pretendida ingratitud marroquí alcanzó mayores cotas con motivo de la Guerra de Ifni-Sáhara de 1958-1959. El conflicto fue provocado por una parte del antiguo Ejército de Liberación Nacional de Marruecos (ELN) que rehusó integrarse en las recién constituidas Fuerzas Armadas Reales (FAR), lo que no impidió que fuera sostenida bajo mano, financiera y armamentísticamente, por el entonces príncipe heredero Hassán II. Lo cierto es que, al parecer, contaron con las simpatías de la mayoría de los saharianos. La victoria española (apoyada por Francia) obligó a que la monarquía alauíta cortara definitivamente las alas a los antiguos guerrilleros del ELN, sobre los que se abatió una dura represión. Para los saharianos fue una amarga experiencia: la mayoría se quedó en la colonia española y rompió sus lazos con Marruecos, mientras que el resto se exilió en el sur del país vecino esperando tiempos mejores. Conviene tener en cuenta que, para el régimen franquista y los militares españoles, la guerra de Ifni-Sáhara se vivió fundamentalmente en clave antimarroquí, mientras se “perdonaba” a los saharauis, de los que se olvidaba que habían apoyado abierta y masivamente la lucha armada contra el ejército colonial hispano¹⁵.

Por su parte, la oposición clandestina al franquismo y los exiliados (parte de los cuales se hallaban instalados en varias ciudades marroquíes del antiguo Protectorado francés y en las de la Argelia *francesa*) observaron con disgusto la rápida decantación de Marruecos hacia un régimen en el que la monarquía, en realidad el Majzén, detentaba un poder casi ilimitado y dejaba en suspenso la Constitución surgida como fruto de la independencia. Estos sectores volvieron, como antaño, a considerar a Marruecos como país despótico por naturaleza. Como resultado de los procesos descritos y en lo que se refiere a la percepción de los marroquíes se produjo una especie de reconciliación de las dos España (la oficial franquista y la de la oposición y del exilio) que, aunque venían manteniendo desde 1936 una visión enfrentada de los marroquíes, terminaron uniéndose en el rechazo y la desconfianza hacia lo marroquí.

La política colonial española en Marruecos (incluidas las fases de presión política y militar, ocupación efectiva del territorio, período de “pacificación” y la posterior independencia) fue en paralelo con la generalizada creencia en la ya citada “tradicional amistad de España con el mundo árabe”, que se concretó en la práctica (entre otras facetas) en el apoyo y aliento a la lucha de los pueblos árabes contra sus colonizadores franceses e ingleses. El caso más llamativo fue el de convertir la zona del Protectorado español de Marruecos en un santuario para los nacionalistas del sur enfrentados a los franceses. La tónica para con las restantes luchas de liberación nacional en África del Norte y Oriente

Próximo fue similar, aunque posiblemente el caso argelino fuera la excepción que confirme la regla. Efectivamente, mientras el régimen se decantaba favorablemente hacia el partido colonial francés (claro apoyo a la organización terrorista OAS y tensas relaciones con el Gobierno de París), las izquierdas lo hacían sin titubeos, y acriticamente, con el movimiento independentista argelino, igualmente inmerso en una escalada terrorista.

Mientras tanto, se habían descubierto los ricos yacimientos de fosfatos del Sáhara. El régimen franquista se apresuró a invertir en la colonia con el ánimo de rentabilizar sus recursos económicos y atraerse a la población nativa. A partir de entonces comenzó a gestarse la figura del noble, leal, democrático y valiente saharauí, claramente contrapuesto al traidor, fanático y déspota marroquí. Los saharauis fueron representados, con poquísimas excepciones, con toda la dignidad y majestad posible (hasta el punto de que Ifni y el Sáhara fueron declaradas provincias españolas, figurando sus habitantes con sus vestimentas típicas en diversas colecciones iconográficas de trajes típicos españoles). Posteriormente, los sectores opositores al régimen franquista no dudaron en apoyar decidida, aunque también acriticamente, al incipiente movimiento anticolonialista saharauí (encarnado en el Frente Polisario y su lucha por la independencia), un valioso aliado en la lucha contra el moribundo franquismo.

La extrema debilidad de la dictadura, con un Franco agonizando, propició que los detentores de las riendas del poder político en esos momentos (amedrentados por la Marcha Verde hacia el Sáhara organizada por Hassán II) tomaran la decisión de ceder la colonia a Marruecos y Mauritania mediante el Acuerdo Tripartito de finales de 1975. Esa decisión causó no poca división entre los sostenedores de la dictadura, en el seno del ejército y, muy en especial, entre buena parte de los oficiales y jefes que habían tenido o tenían responsabilidades políticas en la colonia (que incluso habían llegado a negociar con los independentistas saharauis). Sólo así se comprende el “olvido” de tantos vehículos, armamento y munición española que, naturalmente, fue a parar a manos de los militantes del Polisario y que en el fuselaje del avión que llevó desde el Aaiun hasta Canarias a los últimos militares de la excolonia alguien hubiera escrito “Viva el Polisario”.

Como resultado de lo anterior, la casi totalidad de la sociedad española, con contadas excepciones, mostró claramente sus simpatías para con los saharauis, lo que equivalía casi tanto como a mostrar antipatía por la postura marroquí¹⁶. En una España que, laboriosamente, iba construyendo un sistema democrático, se estableció una ecuación extremadamente simplista: saharauí igual a libertad y democracia, marroquí igual a dictadura y despotismo¹⁷.

Por si lo anterior no fuera poco, los conflictos en torno a los caladeros saharianos contribuyeron a enturbiar aun más las relaciones entre España y Marruecos y a hacer aun más negativa la imagen de los marroquíes. No debe sorprender (teniendo en cuenta que los pescadores españoles llevaban faenando en la zona desde la Edad Media) que se instara al Gobierno español a denunciar el Acuerdo Tripartito y se apoyara a los saha-

rauis, así como que en algunas de las manifestaciones de pescadores gallegos afectados por el cierre de los caladeros saharianos por los marroquíes, surgieran gritos que exigieran al Gobierno el envío de buques de guerra a los caladeros saharianos. Coincidiendo con lo anterior, la intensificación de la reivindicación marroquí sobre Ceuta y Melilla, con claras alusiones también a las islas Canarias, contribuyó a deteriorar la imagen de Marruecos en España (las alusiones caricaturescas a la II Reconquista, la peninsular por parte de Hassan II, menudearon en la prensa del momento).

Las tensas relaciones hispano-marroquíes debido a la descolonización del Sáhara y a la actividad pesquera en los caladeros saharianos, vino a coincidir en el tiempo con las consecuencias de la derrota árabe frente a Israel en 1967, especialmente la espectacular irrupción en Occidente del denominado “terrorismo árabe” de la década de los setenta, y con las repercusiones de la primera crisis del petróleo (una portada del semanario humorístico *El Jueves* mostraba a un europeo temblando a la hora de llenar el depósito de gasolina de su vehículo al ser literalmente asaltado por un jeque árabe que esgrimía socarronamente la manguera del surtidor), especialmente la irrupción de los petrodólares y jeques multimillonarios, personajes que provocaron el rechazo de no pocos debido a la ostentación de su riqueza, aunque también sedujeron a muchos que soñaban con conseguir algún tipo de beneficio (inversiones, etc.).

El abanico de posiciones en España ante estos fenómenos no pudo ser mas diverso, aunque lo más importante a destacar fueron las simpatías de buena parte de las izquierdas y de los nacionalismos periféricos radicales hacia diversas causas que hicieron suyo el recurso a la violencia. El inicial apoyo incondicional a la lucha armada argelina fue reemplazado por las simpatías para con los palestinos, explicadas en buena parte por la situación de práctica indefensión de estos y por el desvanecimiento del espejismo “socialista” de los *kibutz* israelíes. Desde entonces, su banderas y pañuelos forman parte del paisaje de las manifestaciones celebradas en las ciudades españolas, sea cuales sean los motivos de las protestas.

Algo similar ocurrió con las luchas mantenidas por los saharauis, los kurdos, amazigos, etc. Simpatías menos cálidas hacía la violencia practicada por algunos regímenes como el de la Libia de Gadafi. Una viñeta periodística adaptaba uno de los viejos lemas del nacionalcatolicismo (“los enemigos del hombre son tres: mundo, demonio y carne”) a la coyuntura del momento, sustituyendo el demonio por Gadafi. Las citadas simpatías se caracterizaban por la ausencia de cualquier atisbo crítico hacia la lucha armada, lo que favoreció a que se fueran debilitando, aunque no desaparecieran totalmente, a medida que se consolidaba la democracia española.

Hacia la segunda mitad de la década de los setenta, se “descubrió” en España la presencia de un número considerable de inmigrantes marroquíes. En todo caso, superaban con mucho las modestas cifras de estudiantes norteafricanos, jordanos, iraquíes y de otros países árabes que estudiaban medicina, farmacia, etc. en las universidades espa-

ñolas en las décadas anteriores. La prensa de la época no dudó en utilizar a modo de espantajo una supuesta “invasión” que tendría como consecuencia la “apropiación” de trabajo por los marroquíes en detrimento de los numerosos parados españoles¹⁸.

No obstante, la transición que desembocó en el establecimiento de un sistema democrático favoreció el surgimiento de nuevos valores que tenían que ver con la solidaridad y con la tolerancia hacia aquellos que llegaban a España con la intención de rehacer su vida. En los medios de comunicación (prensa, boletines radiados y televisivos), en las tribunas universitarias, en los programas de las diferentes organizaciones políticas, en los actos y conferencias públicas se impuso totalmente un discurso “políticamente correcto” sobre los inmigrantes en general y sobre los musulmanes y magrebíes en particular. Desde entonces son constantes las denuncias del peligro que supone para los inmigrantes llegar a las orillas andaluzas o canarias en pateras (el Estrecho de Gibraltar descrito como Tanatorio, guardias civiles cuidando bebés ateridos y ayudando a entrar en calor a inmigrantes con hipotermia, etc.), de las duras condiciones (vivienda, laborales, sanitarias, etc.) que deben soportar en la península (con frecuentes recordatorios al hecho de que cientos de miles de españoles tuvieron que emigrar en los años cincuenta y sesenta), y de las agresiones xenófobas a las que son víctimas (que tienen un amplio eco en la prensa, en la radio y en la televisión), etc. En paralelo, proliferan extraordinariamente los actos políticos, culturales, festivos, etc., que tienen como objetivo dar a conocer la cultura de los inmigrantes.

Las posiciones y voces xenófobas fueron, práctica aunque temporalmente, expulsadas de los medios de expresión, lo que explica su difícil localización (al amparo del casi anonimato de muros y paredes, internet, etc.). Ahora bien, todo permite suponer que la inmensa mayoría de la población no asimila, no comprende, no comparte, o acepta de mala gana, valores tales como la solidaridad o la tolerancia. Así se explicarían, al menos parcialmente, los estallidos de violencia contra los inmigrantes que han proliferado en los últimos años (Can Anglada en Terrassa, El Ejido, etc.) y el goteo de agresiones a los magrebíes y subsaharianos. Estos incidentes suelen ir arropados (antes, durante o después de acontecidos) por las declaraciones de carácter marcadamente xenófobo de algunos políticos como Heribert Barrera (exdirigente histórico de Esquerra Republicana de Catalunya y expresidente del Parlament de Catalunya), Marta Ferrusola (esposa del expresidente de la Generalitat de Catalunya Jordi Pujol y activa militante de *Gonvergència i Unió*), Rafael Centeno (diputado socialista en el Parlamento andaluz), Fernando Rodríguez (exsecretario general de la Dirección Insular del Gobierno en Lanzarote), etc. En los casos de Barrera y Ferrusola, los dirigentes de *Convergència i Unió*, Jordi Pujol y Artur Mas, se apresuraron a manifestar que lo que habían expuesto aquellos no era sino lo que pensaban la mayoría de los catalanes.

La división de la sociedad española respecto al trato debido a los inmigrantes también se observa en otros conflictos que tienen que ver con el mundo araboislámico. Como ya se ha señalado, es evidente que existe una importante corriente de simpatía hacia la causa palestina (provocada especialmente por la brutalidad a la que hace gala el

ejército israelí que práctica abiertamente el terrorismo de estado), así como que la Guerra del Golfo de 1991 no fue bien recibida por la sociedad española. Finalmente, el apoyo incondicional del Gobierno español a la guerra declarada por el ejército anglo-norteamericano a Irak en 2003, así como el posterior envío de un contingente hispano al territorio iraquí en calidad de fuerzas de ocupación, tuvo como respuesta el que en numerosas ciudades españolas se llevaran a cabo espectaculares movilizaciones contra el intervencionismo del Gobierno español, parte integrante del Trío de las Azores.

Sin embargo, no es menos cierto que una parte también muy importante de la sociedad española piensa y actúa de manera diferente, aunque su posicionamiento sea pasivo o no se manifieste públicamente, sino a través del voto a organizaciones políticas como el Partido Popular. La premisa anterior se demuestra, entre otros ejemplos, con la ola de patriotismo que sacudió a buena parte de la sociedad española con motivo de la “batalla de la isla del Perejil” en el verano del 2002¹⁹.

De todo lo anteriormente planteado, y siempre teniendo en cuenta las posiciones contrapuestas adoptadas por distintos sectores de la sociedad española frente a los conflictos con el mundo musulmán, o acontecidos en dicho ámbito, se deduce que sigue siendo dominante la sensación de desconfianza y recelo ante los musulmanes. Sin embargo, no es menos cierto que el islam es contemplado sin ningún tipo de acritud por importantes sectores de la sociedad española, seducida o atraída por sus valores.

La relación entre la imagen negativa y la tolerante hacia los musulmanes no ha sido nunca estática, como lo demuestran los cambios inducidos por la coyuntura política española, la de los propios países arabomusulmanes y la internacional. No hay que olvidar que a la tradicional maurofobia española se ha opuesto, aunque intermitente y de manera guadianesa, a la no menos tradicional maurofilia. Un largo, aunque poco frecuentado, camino en el que encontramos al moro galante medieval, al caballeroso moro granadino, las *Cartas Marruecas* de Cadalso, la visión de las guerras hispano-marroquíes proporcionada por B. Pérez Galdós, R. Sender, A. Barea, la aproximación respetuosa de un sector del orientalismo hispano, la ingente obra de Juan Goytisolo, las nuevas hornadas de arabistas actuales e, incluso, la nostálgica, y cariñosa, mirada de los antiguos residentes españoles en Marruecos, etc.

El análisis del último cuarto de siglo, caracterizado por la consolidación de la democracia en España, supuso el triunfo del discurso políticamente correcto y una campaña educativa (por muy parcial e incompleta que haya sido) basada en la tolerancia y solidaridad, que pone de manifiesto que la demonización del islam y de los musulmanes no es algo tan generalizado como a veces se cree. Naturalmente, no hay que confundir el discurso políticamente correcto, todavía imperante en los medios públicos, con la asunción de los valores de tolerancia, respeto, solidaridad y afines. El citado discurso encubre muchas ambigüedades y no pocas trampas ideológicas. Sirva de ejemplo el hecho de que los sectores de las izquierdas y de los nacionalismos periféricos que hacen gala de su solidaridad hacia determinadas causas (la de los bereberes o amazíges, la de los kurdos,

la de los saharahuis, etc.) se cuidan de no hacer mención de la religión que profesan tales pueblos. Así se suele silenciar que todos son musulmanes, que la Constitución de la República Árabe Saharaui Democrática proclama que el islam es la religión oficial, etc.

Puede parecer que nada ha cambiado, ya que el resultado de la lucha mantenida en los últimos veinticinco años entre maurofilia/islamofilia y maurofobia/islamofobia, se ha saldado con la victoria, una vez más, de la segunda opción. Sin embargo, hay que añadir que lo ha sido por el margen más estrecho conocido en los últimos catorce siglos. En todo caso, no siempre el islam es demonizado *per se*.

Desgraciadamente, las previsibles consecuencias de la barbarie del reciente y masivo asesinato del 11 de marzo en Madrid (191 víctimas mortales), obra y gracia de terroristas que giran en la órbita de Al Qaeda, tendrá, sin duda alguna y lamentablemente, importantes repercusiones en la percepción de los musulmanes, independientemente de su nacionalidad (la mayoría de los implicados son originarios de ciudades tan familiares, e incluso queridas, como Tetuán, Tánger y Nador, y algunos de ellos con nacionalidad española) o de su lugar de residencia (la mayoría inmigrantes en nuestro país).

La percepción de los musulmanes, y muy especialmente de los marroquíes, puede verse afectada negativamente y es posible que hayamos desandado parte del camino en pro de una percepción más respetuosa de aquellos. El pintor catalán Marià Fortuny fue fundamental a la hora de marroquinizar el Orientalismo español, al separar en cierta medida a los marroquíes del resto de los pueblos del ámbito araboislámico. Tal proceder facilitó la coexistencia de una imagen muy negativa de los naturales de Marruecos, mientras se mantenía una percepción más o menos idílica de los restantes pueblos musulmanes que, además, tenían la ventaja de la lejanía que evita los continuos roces o incidentes. Lo anterior facilitaba las muestras de solidaridad y el apoyo a determinadas luchas mantenidas por estos pueblos (simpatías hacia el reformismo otomanista de mediados del siglo XIX, denuncia del dominio inglés en Egipto, simpatías por la Turquía de Kemal Atatürk, por el movimiento independentista argelino, por los saharauis, por los kurdos, etc.).

Es posible que el Grupo Islámico de Combatientes Marroquíes haya favorecido un giro de signo contrario: el de integrar a Marruecos en la nebulosa terrorista de Al Qaeda, para muchos identificada con el conjunto del islam. En el clima de miedo, desconfianza y, seguramente, odio y revancha, suscitado por el criminal atentado seguramente será más complicado individualizar Marruecos, en cierta medida nuestro Marruecos, de una nebulosa constelación hostil encarnada en el terrorismo islamista radical. Corremos el peligro de que nuestra percepción de Marruecos (al igual que los demás pueblos y países araboislámicos) quede subsumida en la de un islam percibido como homogéneo y enemigo implacable de Occidente y, por tanto, de la sociedad española.

La gravedad de la situación ha sido percibida de inmediato. No es casual que diversas voces autorizadas (Bernabé López García, Manuela Marín Niño, Gema Martín Muñoz, Antoni Segura, etc.) hayan saltado en estos delicados momentos a la palestra

periodística alertando sobre el peligro de que parte de la sociedad española, dolorida por el salvaje atentado, haga suya la imagen más negra que de los musulmanes y de los marroquíes se ha generado en España en los últimos siglos.

Para concluir, y a riesgo de parecer ilusamente optimista, quiero subrayar que en los últimos años se pueden espigar diversos acontecimientos que pueden indicar la consolidación de algunos cambios en un futuro más o menos lejano (las manifestaciones espontáneas en Casablanca y otras ciudades marroquíes de condena y rechazo de los atentados islamistas cometidos en la citada ciudad en el 2003, la masiva participación en las numerosas manifestaciones españolas contra la guerra de Irak, etc.). Es hora de que los diferentes sectores de las sociedades española y marroquí comprendan que los problemas suscitados por el terrorismo actual exigen la actuación combinada de los gobiernos y de los pueblos de los dos países. Pero para que sea posible es necesario avanzar decididamente en la vía de la profundización de la democracia en el caso español (luchando contra todo tipo de recortes que se puedan efectuar en nombre de la lucha contra el terror) y en la de la consolidación de la misma en el caso marroquí (apostando abiertamente de una vez por todas por el sistema democrático). La *calidad* democrática también determinará sustancialmente el alcance de la tan necesaria tarea de limpieza de la doble imagen tan negativa que, durante siglos, los españoles han forjado de los marroquíes y estos de aquellos.

Notas

1. BARKAY, R. *Cristianos y musulmanes en la España medieval (El enemigo en el espejo)*. Madrid: Rialp, 1984.
2. BUNES IBARRA, M.A. *La imagen de los musulmanes y del Norte de África en la España de los siglos XVI y XVII. Los caracteres de una hostilidad*. Madrid: CSIC, 1989. MARTIN CORRALES, E. *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica. Siglos XVI-XX*. Barcelona: Bellaterra, 2002.
3. GARCIA ARENAL, M.; BUNES IBARRA, M.A. *Los españoles en el Norte de África. Siglos XV-XVIII*. Madrid: Mapfre, 1992. SOLA CASTAÑO, E. *Un Mediterráneo de piratas, corsarios, renegados y cautivos*. Madrid: Tecnos, 1988. TEJEIRO FUENTES, M.A. *Moros y turcos en la literatura áurea (El tema del cautiverio)*. Cáceres: Universidad de Extremadura, 1987.
4. BUNES IBARRA, M.A. *Los moriscos en el pensamiento histórico. Historiografía de un grupo marginado*. Madrid: Cátedra, 1983. PERCEVAL, J. M. *Todos son uno. Arquetipos, xenofobia y racismo. La imagen del morisco en la historiografía española durante los siglos XVI y XVII*. Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1997.
5. CONROTTE, M. *España y los países musulmanes durante el Ministerio de Floridablanca*. Madrid: Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica, 1909.
6. MARTIN CORRALES, E. *Comercio de Cataluña con el Mediterráneo musulmán (siglos XVI-XVIII). El comercio con los "enemigos de la fe"*. Barcelona: Bellaterra, 2001.

7. PENNELL, C.R. *Morocco since 1830: a history*. London: Hurts & Company, 2000.
8. LECUYER, M. C.; SERRANO, C. *La guerre d'Afrique et ses répercussions en Espagne, 1859-1904*. Paris: PUF, 1976.
9. MARTIN CORRALES, E. *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica. Siglos XVI-XX*. Barcelone: Bellaterra, 2002. Capítulos II y III.
10. LOPEZ GARCIA, B. *Contribución a la Historia del arabismo español (1840-1917). Orientalismo e ideología colonial a través de la obra de los arabistas españoles*. Granada, 1973. Tesis doctoral inédita, aunque varios de sus capítulos han sido publicados en forma de artículos en revistas especializadas. MORALES LEZCANO, V. *Africanismo y orientalismo español en el siglo XIX*. Madrid: UNED, 1989. También, *España y mundo Árabe. Imágenes cruzadas*. Madrid: AECl, 1993. El volumen monográfico aparecido en 1990 como anejo al Vol. IX, de *Awraq. Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, y en el que colaboran J. CARO BAROJA, V. MORALES LEZCANO, L. LITVAK, F. BONTBONA, R. HATIM, R. DE ZAYAS y S. MUÑOZ CALVO. Por lo que respecta al ámbito estricto de la pintura, el catálogo *Pintura Orientalista Española (1830-1930)*. Madrid: Fundación Banco Exterior, 1988. DIZY CASO, E. *Los orientalistas de la escuela española*. Paris: ACR, 1997. CARBONELL i PALLARES, J. *Marià Fortuny i la descoberta d'Àfrica. Els dibuixos de la guerra hispanomarroquina, 1859-1860*. Barcelona: Columna, 1999. También, *Visiones del Al-Magrib. Pintores catalanes ochocentistas*. Barcelona: Lunwerg, 2001.
11. MARTIN CORRALES, E. "Relaciones de España con el Imperio Otomano en los siglos XVIII y XIX". En: MARTIN ASUERO, P. (ed.) *España-Turquía. Del enfrentamiento al análisis mutuo*. Actas de las I Jornadas de Historia organizada por el Instituto Cervantes de Estambul en la Universidad del Bósforo los días 31 de octubre y 1 y 2 de noviembre de 2002, Estambul. Ediciones Isis, 2003. P.253-270.
12. MORALES LEZCANO, V. *El colonialismo hispanofrancés en Marruecos (1898-1927)*. Madrid: Siglo XXI, 1976.
13. BACHOUD, A. *Los españoles ante las campañas de Marruecos*. Madrid: Espasa Calpe, 1988.
14. MARTIN CORRALES, E. *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica. Siglos XVI-XX*. Barcelone: Bellaterra, 2002. Cap. VI.
15. GARCIA GARCIA, A. *Historias del Sáhara, el mejor y el peor de los mundos*. Madrid: Libros de la Catarata, 2001.
16. MARTIN CORRALES, E. *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica. Siglos XVI-XX*. Barcelone: Bellaterra, 2002. Cap. VIII.
17. GARCIA GARCIA, A. *Historias del Sáhara, el mejor y el peor de los mundos*. Madrid: Libros de la Catarata, 2001.
18. LOPEZ GARCIA, B. (dir.) *Atlas de la inmigración magrebí en España*. Madrid: UAM, 1996. MORERAS, J. *Musulmanes en Barcelona*. Barcelona: CIDOB, 1998.
19. MARTIN CORRALES, E. *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica. Siglos XVI-XX*. Barcelone: Bellaterra, 2002. Cap. IX. Del mismo autor, "Del moro al inmigrante y del inmigrante al moro: entre la maurofobia y la maurofilia en España en las tres últimas décadas (1975-2003)", *Anuari de Filologia*. Vol. XXIX, G, 12 (2002). P. 47-56.